

APUNTES DE POLÍTICA UNIVERSITARIA

Crónicas pandémicas: preguntas en torno a la experiencia educativa

| Emilia Di Piero

Abril - 2020

Creative Commons 4.0 Internacional (Atribución-NoComercialCompartirlGual)
a menos que se indique lo contrario.

Las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva de los autores y no representan necesariamente la posición oficial del IEC -CONADU.

Crónicas pandémicas: preguntas en torno a la experiencia educativa

Las medidas de distanciamiento social que se imponen a partir de la pandemia de COVID-19 están alterando la práctica docente y la producción de conocimiento, y nos obligan a generar estrategias de emergencia que resultan complejas de implementar en el contexto actual. El traslado de nuestra actividad al entorno virtual despierta incomodidades y preocupaciones, pero también promueve descubrimientos y actualiza debates que trascienden esta coyuntura para proyectarse como un campo de reflexión necesaria para una actividad académica crítica y comprometida con el derecho a la educación, al conocimiento y la cultura. En estos Apuntes de Política Universitaria, el IEC - CONADU presenta una serie de aportes producidos en cuarentena, para que el distanciamiento no nos aíslle, y para seguir discutiendo también el día después.

Emilia Di Piero, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales – CONICET/ Universidad Nacional de La Plata

Hace varios días me dan vuelta por la cabeza preguntas dispersas sobre esto que estamos viviendo. Esto, lo inadjetivable. Más justo sería decir que no “me dan vueltas”: me tienen la cabeza tomada.

Aprovecho un momento en el que mi hijo duerme para hilar dos o tres ideas. Escribir me hace bien. “Aprovechar”, mandato también cuestionado en estos días. El imperativo que dice que habría que utilizar esta crisis inédita para leer, cocinar, ver series, tener sexo, hacer actividad física. Algunxs no aprovechamos nada: simplemente quedamos perplejxs.

In progress, como dicen nuestros aparatos electrónicos cuando los reseteamos. Estamos procesando. Procesando el no salir de casa, el no ver a otras personas más que aquellas con las que convivimos, el extrañar. Una suerte de retorno a la Edad Media, cuando el encuentro con desconocidxs era mínimo, cuando los contactos se reducían al núcleo íntimo, a lxs más cercanos, sin colectivos, ni subtes, ni trenes, ni universidades, ni escuelas de masas. Pusimos en pausa al mundo. O el mundo nos puso en pausa. Vivimos una distopía que ocurre en un lugar concreto y solo en uno: nuestras casas.

Frente a esto, ¿qué deberían hacer las instituciones educativas? Esa perplejidad no puede traducirse en inacción. La irresolución y el titubeo son lujos no permitidos a todxs por igual. Jardines de infantes, escuelas, institutos, universidades. Todos esbozamos alguna propuesta frente a la crisis pandémica. ¿Qué hacer? ¿Seguir enseñando? ¿“Mirar al futuro”, como me indicaron

hace poco? Muchas instituciones educativas proponen actividades virtuales. Frente a esto vengo leyendo varios textos: unos críticos, otros celebratorios.

Los discursos críticos señalan varias aristas: por un lado, las distancias insondables entre la educación presencial y una virtualidad que no deja lugar a la complicidad de las miradas, al humor, al gesto, a la invaluable cuestión humana constitutiva del acto de enseñar. Se trata de una reedición de los cuestionamientos al homeschooling en relación con el lugar en el que queda la integración social, los lazos en general y la sociabilidad entre pares en este tipo de propuestas a distancia. Por otro, desde un ángulo gremial, se sostiene que también lxs docentes en este contexto estámos sobrecargadxs con otras tareas (cuidado de hijxs o adultxs mayores, entre otras) que hacen difícil cumplir con los requerimientos de la actividad virtual. Además, no siempre la capacitación, la conectividad ni los recursos tecnológicos son suficientes, tampoco, entre lxs docentes. En tercer lugar, se señala que se estaría perdiendo calidad educativa en una apuesta improvisada a la virtualización. Por último, que las desigualdades concretas, las desigualdades de acceso a los dispositivos tecnológicos y a la conectividad, las desigualdades en relación con el lugar en el que cada unx vive y con quiénes vive (familias con experiencias más o menos cercanas a la propuesta escolar), las posibilidades reales de dedicar un espacio y un tiempo a actividades relacionadas con el aprendizaje, potencian viejas desigualdades y crean desigualdades nuevas. Como dice el sociólogo Bernard Lahire en un texto de publicación reciente, la pandemia tiene un “efecto de lupa” sobre las desigualdades: las amplía. La semana pasada escuchaba en la radio a alguien de la Poderosa, organización villera, decir que no tienen agua potable. No hablaba de conectividad, hablaba de agua potable. Este es el país concreto, el que habitamos. El país en el que el macrismo ajustó, también, el Programa Conectar Igualdad.

Los discursos celebratorios, por su parte, también tienen sus variantes. Por un lado, los posicionamientos más radicalizados, ponen (otra vez) al aula tradicional en el banquillo de acusada permanente: sería la oportunidad para que las instituciones educativas y sobre todo la escuela, a la que (des)califican como arcaica, se deconstruya y renueve, para que, por fin, dé espacio a los niñxs y jóvenes del siglo XXI, al trabajo virtual y a la creatividad. Festejan una suerte de “virtualización forzosa” y le señalan a las instituciones y a sus docentes los desafíos de los que deberían hacerse cargo porque entienden que la cuarentena sería una oportunidad de innovación en la era digital. Otros, más moderados, sostienen que tal vez parte de la virtualización sobreviva a la pandemia y mejore la propuesta educativa actual, enriqueciendo la enseñanza aunque sin buscar el reemplazo integral del aula con tiza y pizarrón. La virtualización también se pondera como apuesta a una política de retención, a no encontrar las aulas vacías cuando pase el temblor. Por último, la virtualización se valora como un modo (uno más) de sostener el lazo social: se trata de la vieja función integradora del sistema educativo reiventada en este contexto particular.

Me quedo pensando. Para mi gusto, es demasiado pronto para diagnósticos y pronósticos. Lo vivo, más bien, como un tiempo de preguntas.

¿Qué habría que hacer? Si estamos reproduciendo desigualdades y produciendo otras nuevas con nuestro trabajo virtual, ¿sería mejor quedarnos en el molde, sea en nombre del igualitarismo, sea en nombre de una supuesta pérdida de calidad? No lo creo. Como las teorías de la reproducción han dejado claro desde hace más de medio siglo, tampoco las clases presenciales nos dejan a resguardo de la función reproductora del sistema educativo.

En mi otro lugar, el de madre, recibo casi a diario mensajes de la maestra del jardín de infantes. Ella les habla, les canta, propone actividades a las familias. Además, semanalmente pregunta si alguien requiere del servicio alimentario escolar. En esa virtualidad habita un gesto humano, una compañía innegable.

¿Y quienes no tienen acceso a la conectividad, un celular u otro dispositivo? Se pierden ese encuentro, como lamentablemente se pierden tantos otros derechos. La pandemia no crea las desigualdades socioeducativas, eso está claro. Las desigualdades socioeducativas preexisten a esta crisis. Y, mal que nos pese, la sobrevivirán.

Al ver los cuantiosos planes que apuestan a la continuidad pedagógica, sea mediante cuadernillos, sea mediante educación a distancia, se me presenta también la pregunta por el lugar en el que queda el conocimiento. Asistimos en estos días a valiosas capacitaciones brindadas por quienes hace tiempo vienen advirtiendo la importancia de dialogar con estas herramientas: Moodle, Classroom, Zoom, aulas virtuales, YouTube, foros, grupos de WhatsApp, plataformas de recursos y actividades, “Seguimos educando” por TV y por radio, entre otras.

No sé cuál es o debería ser el lugar de los conocimientos, mucho menos el de las evaluaciones, en el escenario actual. La pregunta por el aprendizaje no me surge a causa de la migración hacia la actividad virtual en sí misma (sobre ese punto prefiero leer a lxs expertxs en el tema) sino al considerar el contexto excepcional de aislamiento social que atravesamos.

Si bien no estoy segura de en qué medida es posible recrear el vínculo pedagógico en estas circunstancias, creo que podemos apostar (pantallas o cuadernillos mediante) a reinventar, incluso con todas las limitaciones y desigualdades del caso, un espacio para lo común, para el encuentro con lxs otrxs.

Mientras escribo esto, en la televisión anuncian que en Argentina el

número de personas fallecidas llega a 46 y que despiadados empresarios millonarios buscan despedir empleadxs en este contexto.

Mientras escribo esto, también, me llegan mensajes desde el foro virtual que propusimos en la cátedra. Hay alguien del otro lado. Estudiantes agradecen la propuesta, tanto como yo agradezco los mensajes de la maestra del jardín.

Algo cierto hay en medio de tanta incertidumbre: lo humano dando batalla.